

TÉ CON YERBABUENA

Un vaso de té con yerbabuena, es como un acuario por donde navegan los peces del azúcar. Porque el verano nos llenaba de cal los trajes, las manos y hasta el cielo de la boca, teníamos que recuperar esa deshidratación lenta, no con vino, sino con el té ardiente sobre la mesa tosca del aduar.

Manolo y yo caminábamos hasta Farhana para recuperar la tarde y librarnos de los insectos. Era un camino hacia la depresión; tal vez, una treta para que los bichos se quedaran atrás, sin opción posible para que nos atacaran.

Manolo hablaba de pronto de gérmenes vanales y yo contestaba: “Oscar Wladislas de Lubicz Milosz”. Este sólo nombre, de gran acierto eufónico, era capaz de aniquilar con su música, los gérmenes vanales de Manolo.

Pero ¿qué eran éstos? ¿Acaso sólo un sueño apetitoso de batracio? No, toda vez que aquí jugaban seres y cosas diferentes y que podían ir, desde una postura renacentista, a un nivel neoclásico, y que Manolo vituperaba por igual, puesto que nada para él tenía otro sentido —y sigue teniéndolo— que no fuera lo alumbrado de diez lustros para atrás, como máximo.

Sin embargo, pese a que lo tradicional o cualquier mantenimiento convencional le pusiera frenético, el té con yerbabuena no cumplía entonces una función puramente gustativa pese a su sentido ancestral en este pueblo primitivo, sino que el color, olor y sabor del mismo, eran para nosotros el punto de frontera entre lo abstracto e informalista por un lado y el infierno sartriano por otro.

Y como esto, el convencimiento de que la poesía en que trabajábamos, no era un toque de violón por no encajar en el concierto de entonces aunque éste lo intuyéramos para un futuro inmediato. El futuro aquél es ya, con un fondo de música de jazz, riguroso presente preceptivo; justo, en la hora de saludar desde el prosce- nio, el comienzo de la representación.

Los dos estábamos apoyados sobre la pared de asperón y nuestros vasos de verde submarino quedaban amenazados por las abejas. Ya no importaba que se posasen sobre él, que una llamase a otra y que libaran sobre la yerba aromática. Ninguno de los dos teníamos prevención o recato de seguir bebiendo el líquido pese a que estuviese dominado por los insectos. Pero tampoco lo hacíamos porque casi no valía la pena de hacer el ademán de coger la bebida, tal era la fuerza del sesteo en la terrible calma caliente de Farhana. Y pese a que estábamos siempre de acuerdo, con pequeñas variaciones de matices, esto nos permitía insistir en nuestros convencimientos para afirmarnos, que los palos de ciegos, se oían y prodigaban más por los ajenos, que por los que pudiésemos dar nosotros.

Las abejas nos sirvieron de símil para juzgar imposturas ajenas. Las veíamos como libando ya en la yerbabuena, se dejaban atrapar en el fondo movedizo de la planta y se hundían lentamente, vaso abajo, por el té hirviente. El tosco cristal aumentaba las proporciones del insecto y resultaba la escena de la agonía, insospechadamente bella y trágica a la vez.

Luego, Manolo Alvarez Ortega y yo nos levantábamos, bajando hacia este otro reino de la ciudad y él escribía con tinta verde de té con yerbabuena, todos sus poemas.

MIGUEL FERNÁNDEZ